

*En una cultura nacional de notable variedad y calado, el sociólogo Chico de Oliveira ha destacado como uno de los pensadores más originales de Brasil. Nororiental, nació en Recife, en 1933, donde recibió su educación. A la edad de veinticuatro años se integró en SUDENE, la agencia de desarrollo estatal, trabajando como agregado de Celso Furtado, el economista más célebre del país. Ambos fueron obligados a exiliarse por la dictadura militar que accedió al poder con el golpe de 1964. En el extranjero, De Oliveira trabajó para la ONU en Guatemala y en México antes de regresar a Brasil en 1970, donde encontró empleo en São Paulo en la fundación de ciencia social CEBRAP. Posteriormente, ocupó las cátedras de Sociología en la Universidad Católica y en la Universidad Estatal. En 1972 publicó una reexaminación iconoclasta de las teorías aceptadas del desarrollo económico brasileño bajo el título Crítica de la razón dualista. En este trabajo se distanciaba del legado de Furtado y, más en general, de la tradición intelectual de la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina de la ONU, cuyo presidente y espíritu animador era Raúl Prebisch.*

*En el plano político, antes de 1964 De Oliveira había sido militante del pequeño, aunque no carente de influencia, Partido Socialista de Brasil. Bajo la «apertura» gradual de la dictadura, a finales de la década de 1970, colaboró en la fundación del Partido de los Trabajadores (PT), en el que hasta el día de hoy permanece en activo. Con la llegada de la democratización, sus análisis mordaces de la escena política y de las fuerzas vivas que la atraviesan atrajeron un progresivo interés. Roberto Schwarz ha descrito sus ensayos de este periodo como «siempre sorprendentes», conteniendo análisis «mordaces, si bien lejos del sectarismo», con el poder de desconcertar tanto a aquellos que percibían que las formulaciones incisivas eran incompatibles con la negociación social como a aquellos para quienes cualquier análisis sensato de intereses opuestos era una invitación a adoptar un compromiso laxo. Destacando hasta qué punto resultaron ser precisos sus pronósticos sobre el desafortunado plan de estabilización del gobierno de Sarney (1985-1990) y de la lacerada presidencia de Collor (1990-1992), Schwarz subraya que esta especie de visión de futuro que le caracteriza proviene de su independencia intelectual y de su aversión hacia las tendencias manidas y autoritarias de la tradición brasileña, lo que en «una cultura gregaria como la nuestra» es con mayor motivo remarcables. Actualmente, De Oliveira ha dado muestras de la misma audacia con una ácida descripción de la aberrante realidad social que atraviesa su país y de la que actualmente, en su opinión, su propio partido es un elemento esencial. El ensayo en cuestión, El ornitorrinco, ha suscitado una acalorada controversia en Brasil. Publicamos a continuación este artículo con el prefacio escrito por Roberto Schwarz que lo ha acompañado.*

## PREFACIO CON CUESTIONES

*Venceu o sistema de Babilônia  
e o garção de costeleta*

Oswald de Andrade, 1946

El epígrafe condensa, si bien de modo cáustico, la decepción histórica de un libertario moderno ante el desarrollo de la posguerra. La derrota del nazismo en Europa y el final de la dictadura de Vargas en Brasil habían sido momentos de una esperanza inusitada, pero no abrieron la puerta a formas más elevadas de sociedad. Por lo que respecta a nosotros, la victoria fue para el sistema babilónico, es decir, capitalista, y para el *garção de costeleta*, es decir, la estética *kitsch*. Así es como había acabado el fermento social y artístico de las décadas de 1920 y 1930.

Un ciclo histórico más tarde, los dos ensayos de Francisco De Oliveira, al margen de las diferencias de género existentes entre ambos, trazan un anti-clímax análogo ligado al agotamiento de un «desarrollismo» que actualmente está llegando a su fin sin haber cumplido su promesa. Escritos con una distancia de treinta años, su *Crítica de la razón dualista* (1972) y *El ornitorrinco* (2003) representan, respectivamente, momentos de intervención crítica y de observación sardónica<sup>1</sup>. En uno, el intelecto clarifica los términos de una lucha contra el subdesarrollo; en el otro, identifica la monstruosidad social en la que nos hemos convertido y en la que permaneceremos hasta nueva orden. Por supuesto, el título del primero aludía a la *Crítica de la razón dialéctica*, donde recientemente Sartre había intentado devolver su actualidad al marxismo, a la propia dialéctica y a la revolución bajo el signo de una filosofía de la libertad. Actualmente, la comparación de nuestra coyuntura con el ornitorrinco, un animal que no pertenece a ninguna especie conocida, resalta las incongruencias de la sociedad brasileña, considerada más como un resultado que como aquello en lo que podría convertirse. El espíritu zoográfico de la alegoría, concebida por un miembro veterano del PT en el preciso momento en el que el partido ha ganado la presidencia de la República, invita a la reflexión. El paralelo con Oswald hace pensar en la larga lista de frustraciones históricas que acarreamos desde el siglo XIX y que nacen de la tenaz discrepancia entre Brasil y los países que ha escogido como sus modelos, así como de nuestras esperanzas de poder ser capaces de salvar esta distancia mediante un viraje social visionario.

---

<sup>1</sup> Publicados en un solo volumen como FRANCISCO DE OLIVEIRA, *Crítica à razão dualista—O ornitorrinco*, São Paulo, Boitempo, 2003.

Según De Oliveira, el salto en las fuerzas de producción al que hoy asistimos completó la transformación de Brasil en un ornitorrinco social. A pesar de que otros países hayan podido dar este salto, no ha sido fácil de replicar. La tercera revolución industrial es una combinación de la globalización capitalista y conocimiento científico y tecnológico que a su vez se encuentra secuestrado en patentes y sometido a un régimen de obsolescencia acelerada que vuelve paulatinamente estéril toda tentativa de adquirirlo o de copiarlo. Desde el punto de vista nacional, la trayectoria deseable sería incorporar el proceso en su integridad, pero esto requeriría una inversión en educación y en infraestructura que aparentemente está fuera del alcance de un país pobre. En estas circunstancias de neotrato, los vestigios heredados del subdesarrollo sufren una incapacitación suplementaria que confiere al ornitorrinco su forma específica.

En el ámbito laboral, el nuevo equilibrio de fuerzas ha erosionado los derechos ganados por los trabajadores en periodos anteriores. La extracción de plusvalor encuentra menos resistencia y el capital pierde el efecto civilizador que pudiera haber tenido. Se está produciendo una creciente informalización del trabajo, acompañada por la sustitución de los empleos por ocupaciones y por el desmantelamiento de la relación salarial. El vínculo existente entre la reducción del empleo y la dependencia externa, intensificado por la semiexclusión del país de la innovación técnica y científica, denota una sociedad derrotada.

En el campo de la propiedad y del poder también se ha producido una reconfiguración que arroja nueva luz sobre los periodos anteriores. De Oliveira, en lugar de apoyarse en deducciones mecánicas basadas en el interés material inmediato o en la tradición social, hace hincapié en el aspecto consciente de las decisiones de clase tomadas con cierto grado de libertad, lo que sólo agrava su cariz. Él insiste en que en el periodo de subdesarrollo el bloque dominante *optó* por una división del trabajo que asegurase su dominio, incluso al precio de colocar al país en una posición internacional mediocre. De Oliveira retoma el argumento de Fernando Enrique Cardoso quien, poco antes del golpe de 1964, sostenía que la burguesía industrial de Brasil en realidad prefirió ser un socio menor del capitalismo occidental que arriesgarse a un eventual desafío a su hegemonía. Frente a esta renuncia histórica, la tarea de llevar adelante el desarrollo económico del país recaería sobre las masas urbanas organizadas: «En último término, la pregunta sería: ¿subcapitalismo o socialismo?»<sup>2</sup>. Cuarenta años más tarde, De Oliveira encuentra un inesperado atisbo de optimismo en la renuncia de la elite, pero se trata de un optimismo que mira hacia el pasado y que oscurece el presente. Si se produjeron tales elecciones y se tomaron tales decisiones, entonces, la «puerta de la transformación» estuvo abierta. En el periodo de la segunda revolución indus-

---

<sup>2</sup> Fernando Enrique CARDOSO, *Empresario industrial e desenvolvimento econômico no Brasil*, São Paulo, 1964, pp. 186-187.

trial, cuando la ciencia y la tecnología aún no estaban monopolizadas, y aunque fueran ignoradas o deliberadamente rechazadas, todavía eran posibles las rupturas. Se trata de un hilo de pensamiento que justifica cierta nostalgia del subdesarrollo y de sus luchas, observadas bajo la luz de un presente petrificado.

### *Consecuencias del subdesarrollo*

La tesis más polémica y contraintuitiva de *El ornitorrinco* se refiere a la emergencia de una nueva clase social en Brasil. Partiendo de los «recientes puntos de convergencia programáticos entre el PT y el PSDB» y de la «aparente paradoja de que el gobierno de Lula esté ejecutando y radicalizando el programa de Cardoso», De Oliveira observa:

No se trata de un error, sino de la expresión de un estrato social genuinamente nuevo que se basa, por un lado, en técnicos e intelectuales que actúan como banqueros (el núcleo del PSDB) y, por otro, en trabajadores convertidos en gestores de fondos de pensiones (el núcleo del PT). Lo que ambos grupos tienen en común es el control sobre el acceso a los fondos públicos y un conocimiento privilegiado del interior del mundo financiero<sup>3</sup>.

La ironía que entraña esta formación es evidente. Contrariando las esperanzas de los socialistas, el centro-izquierda que emergió de la lucha contra la dictadura militar desarrollada en las décadas de 1960 y 1970 no sobrevivió a la redemocratización de la década de 1980. Con el ascenso al poder de Cardoso en 1994, la división del panorama político cristalizó en un antagonismo electoral entre el centro derecha y la izquierda, que estuvo acompañado de la correspondiente oleada de epítetos. Después de diez años de gobierno de centro-derecha, la victoria de Lula podría parecer que señala un punto culminante en esta confrontación. Sin embargo, a la luz de las primeras medidas adoptadas por el régimen del PT, De Oliveira estima que, en realidad, los núcleos de ambos adversarios constituyen dos caras de una misma clase. Las dificultades de la nueva situación han vuelto a reunir a los aliados que se habían dividido ante la tarea de corregir los estragos de la dictadura y de su milagro económico en la década de 1980. Esta segunda confluencia, nacida en medio de una gran disputa y de una antipatía mutua, no se debe a una óptima colaboración mantenida en el pasado, sino a una nueva agenda dictada por las necesidades antisociales del capital a medida que profundiza su dominio sobre la sociedad. Tal y como De Oliveira señala, el hecho de que los propietarios de los principales fondos de inversión del país sean trabajadores podría llevar a pensar a un espectador incauto que se trata de una sociedad socialista. Pero ocurre que el ornitorrinco no posee una concepción ética o política de sí mismo y que la economía de los trabajadores opera

<sup>3</sup> Véase, en este mismo número, FRANCISCO DE OLIVEIRA, *El ornitorrinco*. El PSDB es el partido socialdemócrata (Partido da Social Democracia Brasileira), dirigido por Cardoso.

como si el único orden que existiera fuese el del capital, que a su vez no deja de ser una opción. El paralelismo se completa con la conversión en tecnócratas de los intelectuales del PSDB, quienes, merece la pena recordarlo, proceden de las luchas sociales contra el régimen militar y de años de previa militancia en la izquierda.

Por lo tanto, actualmente, el ornitorrinco ha dejado de estar subdesarrollado, una vez que se han cerrado las puertas que había abierto la segunda revolución industrial y que hicieron aparentemente posibles los avances necesarios para que Brasil se pusiera a la altura de las metrópolis. Pero esto no significa que el país pueda entrar en el nuevo régimen de acumulación capitalista, ya que para ello carece de medios. Lo que le queda son las transferencias de activos, especialmente las privatizaciones, que no suponen una verdadera acumulación y que en absoluto contribuyen a reducir la desigualdad social. La imagen que emerge es la de una «acumulación truncada», cuya dinámica económica permanece sin ser estudiada. De este modo, el país ha venido a definirse por lo que no es, es decir, por un subdesarrollo que ha perdido su vigencia y por un modo de acumulación que está fuera de su alcance.

No obstante, esta forma de no ser caracteriza una sociedad que palpablemente todavía existe, aunque su composición interna y su dinámica aún tengan que ser identificadas; y ello justifica la comparación con un enigmático engendro de la naturaleza. Así pues, no hay un camino marcado (y mucho menos pavimentado) que conduzca desde una posición atrasada dentro de la economía mundial a una avanzada o, más exactamente, desde una posición perdedora a una ganadora. Si este camino realmente existe, no obedece a los principios de ninguna noción universalista de progreso, los cuales bastaría respetar. Por el contrario, bajo su forma actual, el progreso se reduce a primar los imperativos del mercado, en los que se encuentra el motor del desequilibrio. Una de las características del análisis de Francisco De Oliveira reside en que su concepción dialéctica del progreso carece de ilusiones providenciales, de convicciones doctrinarias y de intentos por esconder sus consecuencias regresivas. Algo que separa a este ensayo de la fe en el progreso, en parte ingenua y en parte ideológica, tan extendida entre la izquierda y la ex izquierda brasileñas.

Las categorías utilizadas en este análisis están sometidas a alteraciones súbitas e inesperadas, puesto que las mismas están alternativamente «en gestación», ya caducadas, son abortivas, mutables, inaplicables, etc. Una clase en una posición clave pierde su relevancia; un sucesor «sorprendente» aparece en escena, el desarrollo de las fuerzas productivas degrada a un sector de la humanidad en lugar de salvarlo; el subdesarrollo desaparece pero no sus estragos, y el trabajo informal, un recurso heterodoxo y provisional de la acumulación, se convierte en un signo de la desintegración social. Siguiendo el estilo de una dialéctica esclarecedora, el umbral de los cambios no está determinado por ninguna construcción

doctrinal, sino que se traza dentro de una totalización heurística y provisional que busca perfilar el curso actual de los acontecimientos. Nos encontramos ante un ejemplo anómalo de un marxismo estrechamente ligado a la investigación empírica. El presente determina su agenda en un sentido fuerte, como señala Walter Benjamin: «El crítico necesita aferrar firmemente la realidad por los cuernos». Pero en ello no hay ninguna inclinación a adherirse al orden dominante o a estar en la cresta de la ola. Si acaso, De Oliveira se acerca más a la figura de un Quijote sociológico. Su compromiso con la realidad contemporánea es un reflejo tanto de rigor teórico como del empeño en la efectividad del pensamiento, lo cual es un aspecto de su dignidad moderna. Bajo este prisma, desechar la aparición de una nueva tendencia o el agotamiento de viejas creencias sería pura ignorancia. Esto no significa que el presente y el futuro sean tolerables ni, mucho menos, mejores que otras formas o aspiraciones que han perdido sus fundamentos. Las denuncias recíprocas que siembran la escena política deberían ser estudiadas fríamente, como elementos que permiten un conocimiento más preciso. Esta mirada contemporánea, sin optimismo ni ilusiones, brinda un realismo complejo y profundo.

En cierto sentido, definir Brasil por lo que no es evidencia el síntoma de un periodo de descomposición. En lugar del estancamiento que implica el subdesarrollo, con sus conocidos y socialmente contestados amarres nacionales, los subsistemas que ahora están emergiendo son considerablemente mejor acogidos por su negación de las antiguas expectativas que por lo que revelan del nuevo orden. Una situación conducente, además, a cierta forma de inmediatez opuesto a una preocupación por el país o a la memoria de la experiencia vivida, que actualmente están condenadas al descrédito histórico. Si bien De Oliveira dedica un gran esfuerzo a identificar el nuevo orden de cosas, no asumirá este encorsetamiento, que razonablemente podría ser etiquetado de positivista, a pesar de sus engaños posmodernos. El espíritu de resistencia que expresa *El ornitorrinco* es el polo opuesto del *kitsch* rosado y de *suivisme* característico de un progresismo imperturbable. Se trata de tomar una conciencia más plena de la realidad contemporánea mediante una consideración pausada de sus términos que reconozca sus raíces en otros sitios, en otras épocas, en otros sectores sociales, en el extranjero. No es indiferente que el capital esté siendo financiado con el dinero de los trabajadores, que los gestores financieros sean sindicalistas, que los banqueros sean intelectuales o que la nueva fragmentación cristalice gracias a la coherencia del sistema en otros lugares. Estos rasgos realmente determinan nuestra coyuntura y su omisión produce una inconsciencia social cercana a la «indistinción» que Marx consideraba un servicio prestado por la economía vulgar a la clase dirigente. Al insistir en estas relaciones y en la irracionalidad social en las que se encarnan, De Oliveira nos aporta las herramientas intelectuales necesarias para elaborar una crítica del orden dominante y, al mismo tiempo que nos hace sentir un incómodo sentimiento de remordimiento, vergüenza e insatisfacción, también nos proporciona razones claras para la revuelta.

De Oliveira se refiere a la impronta de la «excepción permanente» en nuestra vida cotidiana en el contexto de la densificación de la red global en la que actualmente se inserta Brasil. Con el perdón de aquellos de nuestros compatriotas que piensan que somos parte del Primer Mundo, no podemos dejar de preguntar: ¿cómo puede dejarse de ver que las barriadas chabolistas no concuerdan con un orden urbano moderno (aunque en la práctica local encajen perfectamente bien), que el trabajo informal contraría un régimen de mercancías y que el patrimonialismo no es compatible con la competencia intercapitalista? No cabe duda del logro que supone haber iluminado la naturaleza sistemática del contraste entre nuestra existencia diaria y la norma supranacional, que por supuesto plasmanos en nuestra regulación interna. Nuestro avance nos retrotrae (¿quién lo diría?) a la época de Machado de Assis, quien hace casi un siglo señaló que el tratante de esclavos en Brasil era una excepción frente al caballero victoriano, al igual que el criado locuaz era una excepción ante el ciudadano congruente, los líos con la chica pobre del barrio la excepción respecto a la pasión romántica, o las recomendaciones de un parásito vestido de chaqué la excepción a las lecciones del ilustrado. El dinamismo no es tan incompatible con la estasis como podría parecer. Es decir, hay muchas formas de enfrentarse a esta disyunción omnipresente, que resume la posición del país (o ex país, o semipaís, o región) en el orden mundial contemporáneo.

### *Perspectivas obsoletas*

Concebido con un espíritu de revisión conclusiva, en *El ornitorrinco* no se rechazan las perspectivas asumidas en *Crítica de la razón dualista*, sino que se indican las causas de su derrota. La publicación de ambos ensayos en un único volumen no sólo representa un nuevo diagnóstico de la época, sino que recoge el estado actual de las esperanzas del autor, que realiza una rendición de cuentas teórica y una autohistorización. Una vez aclarada esta diferencia, debe admitirse que *Crítica de la razón dualista*, escrita con un enérgico espíritu combativo en el momento cumbre de la dictadura militar, en medio de su milagro económico y de la masacre de la oposición armada, estaba luchando una batalla medio perdida de antemano. Su descripción de la barbarie del proceso que se estaba desarrollando en Brasil únicamente evitaba recurrir a la imagen de un monstruo porque estaba animada por la promesa de su autosuperación.

La conocida tesis de *Crítica de la razón dualista* redefinía no sólo el carácter primitivo de la agricultura brasileña de la época, sino también la persistencia peculiar de formas de economía de subsistencia en asentamientos urbanizados y la hipertrofia desmoralizadora del sector terciario. Para De Oliveira, y contrariamente a la opinión general, estos elementos no eran vestigios del pasado, sino dispositivos funcionales del desarrollo moderno del país que contribuían a reducir el coste de la mano de obra

de la que dependía nuestra acumulación. Esto suponía un golpe dialéctico magistral en dos frentes. Por un lado, la vida precaria de las clases populares era injertada en la nueva dinámica del capitalismo, es decir, se trataba de la población activa de la sociedad contemporánea y no de los legados que arrastrábamos del pasado. Por otro lado, esta misma precariedad era esencial para la acumulación económica y el mayor error sería considerarla una plaga que hubiera azotado nuestro organismo desde el exterior. Por el contrario, era necesario reconocerla como parte de un acelerado proceso de desarrollo cuya evolución permitiría elevar a los destituidos al empleo digno y a la ciudadanía y que el país conquistara una nueva posición internacional. *¡La pobreza y la tarea de superarla eran nuestra oportunidad histórica!* Sin entrar en los méritos factuales de la hipótesis, lo sorprendente es la voluntad política que expresaba: la afirmación de que los pobres no podían ser abandonados a su destino, puesto que, si se hacía eso, el progreso se vería imposibilitado. En lugar del antagonismo homicida entre civilización y barbarie que trata a los pobres como despojos humanos, De Oliveira mostraba una concepción generosa del futuro que dependía de una integración nacional, tal vez milagrosa, en la que una conciencia sociohistórica informada triunfaría sobre los cálculos a corto plazo. En su momento, esta idea inyectó una nueva fuerza a los escritos de Celso Furtado, a las visiones de la miseria del Cinema Novo e, igualmente, a la Teoría de la Dependencia.

Con una originalidad conceptual y una familiaridad con las clases populares que tal vez traía del nordeste y eran el polo opuesto al progresismo de la dictadura, De Oliveira diseñó un programa de desarrollo nacional moderno que concebía al país como un todo consciente, siendo esto la precondition necesaria para su autotransformación. Criticó el dualismo de la CEPAL que establecía una separación entre la modernización y los sectores tradicionales de la sociedad, si bien admitía que una versión ética de la primera podría proporcionar ayuda humanitaria, remedios y formación contra el letargo de los últimos. Sin detenerse en ello, pues no eran enemigos merecedores de mucho respeto, refutó a los economistas del régimen que proclamaban que en primer lugar era necesario hacer crecer el pastel del sector avanzado y, únicamente después, distribuir las porciones a las capas atrasadas; un argumento cínico al que nadie daba crédito.

En el plano teórico, *Crítica de la razón dualista* estaba impregnada de la apropiación no dogmática del marxismo llevada a cabo en la Universidad de São Paulo antes de 1964 y que adquirió una nueva relevancia política en el CEBRAP después de convertirse en un refugio durante los plomizos años de la dictadura. La política, la economía y las clases sociales debían ser analizadas articuladamente, contradiciendo la idea sostenida por los especialistas en estas disciplinas. Influida por la teoría de la dependencia, De Oliveira definía el subdesarrollo como una posición de desventaja (ex colonial) en la división internacional del trabajo cimentada por la articulación interna de intereses y clases que, a su vez, se sostenían gracias a

esta posición mundial subordinada. De ahí la importancia que él atribuía al choque de ideas e ideologías, pues podía ayudar a desestabilizar no sólo el inicuo equilibrio interno del país, sino también su ubicación en el sistema global, posibilitando la lucha por alcanzar una posición más favorecida. Éste fue también el origen de la costumbre de Francisco De Oliveira, atípica en Brasil, de criticar a sus aliados más cercanos, que en aquella época eran Celso Furtado, Maria da Conceição Tavares, José Serra y Fernando Cardoso, por motivos que no eran personales. De Oliveira no es un bolchevique, y su idea de un enfrentamiento entre clases tiene menos en común con la toma del poder por parte de los trabajadores que con un ejercicio de autoilustración por parte de la nación, el cual, con el objetivo de liberarse de las ideas preconcebidas y de obtener un conocimiento de su propia anatomía y potencialidad, le permitiría tomar en sus manos su destino.

No hay nada más lejos del pensamiento del autor que el sueño de ver a Brasil convertido en una superpotencia o la voluntad de pasar por encima de sus países vecinos. Ahora bien, es posible que de forma sublimada su *découpage* esté en deuda con el lado competitivo del desarrollismo. Pero ¿cómo podría ser de otro modo? En un sistema mundial que reproduce las desigualdades, ¿cómo no luchar por una situación mejor, menos debilitada y más próxima a los vencedores? ¿Cómo es posible escaparse de la posición desventajosa sin tomar un asiento entre aquellos que colocan al resto en desventaja?

La reflexión, bien sobre la imposibilidad de una competición sin perdedores, bien sobre la imposibilidad de una «nivelación desde la cúspide» (¿desde qué cúspide exactamente?), nos obliga a cuestionar el orden que crea este dilema. Después de haber espoleado la voluntad política dentro del ámbito nacional, el pensamiento dialéctico dejaría a ésta paralizada a menos que inventase un nuevo tipo de política en el que la nación constituiría únicamente un horizonte relativo. Estos pensamientos están relacionados con la osada idea del autor acerca de que la iniquidad social es al mismo tiempo una carga y una oportunidad y también con sus meditaciones sobre la desmercantilización<sup>4</sup>. Uno de los ejes de *El ornitorrinco* es la oposición entre Darwin y Marx, entre la selección natural, como una interacción inmediata de intereses, y las soluciones conscientes a los problemas nacionales y de la humanidad. Al igual que hizo Marx, De Oliveira siempre insiste en que nada ocurre sin la intervención de la conciencia. Sin embargo..., el presente está por todas partes pero hechizado por los intereses económicos, y la conciencia funciona de modo «natural», resistiendo a los descabros que podría contraponer, a menos que crezca y, por así decir, mute.

---

<sup>4</sup> Francisco DE OLIVEIRA, *Os direitos do antivalor*, Petrópolis, 1998.